

GFS-210-A10

Por tierras de misiones.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



EL BREVUARIO DEL SACERDOTE JAPONÉS

¿Quién iba a pensar que aquel niño que todas las mañanas, al salir de su modesta vivienda, se quedaba absorto mirando la fachada del Banco de España, iba un día a acordarse, muy lejos de su Patria, de aquel gran edificio madrileño con su gran reloj en el chaflán, que le marcaba la hora de sus estudios? José María Blanco era hijo de los porteros de la casa del Paseo del Prado número 5. Abandonaba el portal, para ir al Colegio; y más de una vez pensaría contemplando la mole lujosa del Banco: — ¡Vaya Palacio! Como ése, pocos habrá." Pero en el chico no hacía mella la apetencia del dinero; sintió verdadera vocación religiosa, ingresó en la Orden Salesiana y, alejándose de su humilde familia, marchó a Misiones con el alma inundada de gozo.

Hace de ésto poco más de siete años. José María estaba convencido de que en su Patria dejaba una España recobrada, profundamente católica; y en su alma aletaba el anhelo de volar a otras tierras donde salvar muchas almas de paganos. ¿Luchó? ¡Pues no había de luchar!... ¿Sufrió? ¡Pues no había de sufrir!... Con sus diecinueve años, aquel Misionero Salesiano que acababa su preparación en España, llegó al Japón, pasó un año estudiando en Tokyo y fué enviado a la isla Kyu-Shu, donde permaneció bastante tiempo ayudando a aquellos misioneros en Migazaki y en el Orfanato de la Misión de Nakatsu. Y en 1955 volvió a Tokyo para estudiar Teología. ¿Qué hizo nuestro misionero en Kyu-Shu? Para él fueron unos años de inmensa felicidad: aprendió a nadar, a cultivar el campo, a pescar, a conducir coches... Fué cocinero, enfermero; se ejercitó en el inglés y enseñó en japonés el Catecismo. También aprendió a cavar fosas en el Cementerio y pudo comprobar, —son palabras suyas,— que "la felicidad no depende de las comodidades ni del ambiente que nos rodea, sino que cada uno se la crea en su corazón." Y fué feliz padeciendo el hambre, la fiebre y el cansancio, además de los indispensables mosquitos. ¡Pero, siempre contento! Cuando se sentía un poco solo, se iba al Cementerio a contemplar las fosas; y en aquel reino de silencio encontraba una consoladora compañía.

Ahora, en Tokyo, el Salesiano Blanco estudia en una Residencia donde con él conviven otros diecinueve jóvenes pertenecientes a siete naciones diversas; los ocho de segundo curso serán, si Dios quiere, ordenados de Subdiáconos en diciembre; y entonces tendrán que rezar el Breviario todos los días. Entre estos futu-

res Subdiáconos está Blanco; pero también figura un joven japonés que, por falta de relaciones y recursos, había de resignarse a no tener Breviario propio. ¿Podía éste ser? ¿Podía el Hermano Michäel Suzuki renunciar a un regalo de unas mil pesetas hallándose a su lado José María Blanco? Nuestro compatriota no dudó un solo instante: se acordó de aquel Banco de España de su infancia, tomó la pluma y escribió al "Señor Director" unas líneas explicando el caso...y pidiendo un Breviario para el compañero japonés. A los pocos días, Michäel Suzuki tenía en sus manos, llegado en avión, el ejemplar ansiado, con los deseos de "la Superioridad" de muchos éxitos "en la evangélica misión para la que Dios le ha destinado."

¿Se puede concebir la sorpresa y, con ella, la alegría del futuro Subdiácono al recibir el libro? -"Le dije que el Breviario era suyo"-cuenta Blanco-."No lo podía creer. Yo no le había hablado nada de esto...Abrió el libro tembloroso, sin saber qué decir; pero sus ojos se habían humedecido de repente." El buen Suzuki tiene unos treinta años. Durante la guerra mundial estuvo en los Arsenales de Kōbe. Por ese tiempo perdió a sus padres, aún paganos, víctimas de un bombardeo. Acabada la guerra, una hermana suya recibió el Santo Bautismo, y fué luego ella la Misionera de Miguel. El se convirtió hace diez años: había terminado ya sus estudios en la Universidad. Lo abandonó todo y hoy es dichoso. De él son los siguientes párrafos de una carta, tierna y sincera, con que ha agradecido el generoso recuerdo:

"Ustedes con su regalo y sus oraciones son verdaderos misioneros del Japón. Es una Misión muy dura: por cada 400 paganos ~~WWY~~ habrá un cristiano. Todo el ambiente es pagano, y es muy difícil ser bueno y vivir coherente con la fé. Difícil, pero no imposible, porque tenemos de nuestra parte el auxilio y la gracia de Dios. Que por sus oraciones y buenas obras el Señor se compadezca del pobre Japón y de todo el mundo pagano y haga resplandecer en la tierra la aurora de la fé y del amor. Para mí ustedes son tan misioneros como estos buenos padres que trabajan entre nosotros. Ustedes, misioneros, con sus oraciones y con su vida recta, que es ^{el} ~~el~~ mejor testimonio de la fé. Muchos de los sacerdotes japoneses no han tenido la fortuna de experimentar lo que es pasar la infancia y la juventud en el conocimiento y en el amor de Jesús: también yo soy uno de ellos. ¡Qué hermoso debe de ser vivir en España, donde la religión cristiana se practica en la familia y en la sociedad!"

Como esos Misioneros, otros muchos centenares luchan por la salvación de las almas en lejanas tierras. Y véase cómo, merced al impulso de un corazón madrileño, un Breviario de sacerdote católico ha volado desde nuestro típico Salón del Prado a la residencia japonesa de Padres Salesianos donde veinte Hermanos estudian Teología bajo la dirección italiana de Monseñor Cimatti.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW